



TEATRO

La creíble historia de un caballo

Uno de los atractivos del teatro es su posibilidad de hacer creíble lo increíble. El problema está en dar con la poética adecuada. Si se tiene, la historia de un caballo puede ser más convincente, más cotidiana, que la historia minuciosamente reproducida de un ser humano. En definitiva, quizá sea eso lo que distingue al arte del documento: su capacidad para crear un orden imaginario, para desarrollar supuestos insólitos, y, sin embargo, llegar por ese camino a lo que sentimos como una realidad. Se dirá que ésta es una característica común a todas las artes. La misma historia del caballo que nos mueve a escribir estas líneas procede de un cuento de Tolstói, es decir, de un arte —la literatura narrativa— que no cabe identificar con la expresión teatral. Sin embargo, "hacer creíble" la autobiografía de un caballo contando sólo con las palabras es un misterio a medias, porque la palabra puede ser un rico y ambiguo estímulo a la complicitad. Sin la imaginación del lector nada existiría. En cambio, sacar a José María Rodero y conseguir que el público acepte su historia como si realmente fuera un caballo, es tanto como llevar a sus últimas consecuencias el famoso "sí" stanislavskiano. Ejercicios hay que consisten en pedirle a un actor que se ponga en el lugar de un árbol o de un animal inhumano, obligándole a trasponer su humanidad. Ahora bien, conseguir que el público acepte este juego ya es más difícil, sobre todo cuando no son los demás personajes quienes humanizan con sus referencias al "animal" —como es el caso de las versiones de "Platero"— ni esta humanización se deriva de los fáciles paralelismos de las fábulas, donde, simplemente, el animal ocupa la posición del hombre.

La idea de Tolstói es otra. El caballo nos cuenta su vida, desarrollando varios planos. Conocemos su angustia ante la muerte,

el dolor de los hermosos recuerdos, los malos tratos recibidos y la condición del grupo de seres humanos que le rodean. Más o menos, lo que podríamos saber de una persona. Y, sin embargo, y este sería el encanto de la propuesta tolstoiana —adaptada a la escena—, manteniendo el "punto de vista" del caballo o, más exactamente, volviendo a lo ya dicho, "al que tendría un hombre si fuera el caballo de la historia".

Esto dicho, señalemos que el espectáculo tiene una nunca traicionada levedad. Los elementos crueles y los líricos se suceden dentro de un lenguaje escénico —música y coreografía incluidas— que obliga a emplear los mejores adjetivos del teatro menor: amable, emotivo, cálido, bonito, etc. El grupo de actores ha sido muy bien elegido y ha en-



"Historia de un caballo", de Mark G. Rozovski y Yuri Riashtentev.

sayado seriamente. Cantan y consiguen mantener el movimiento insólito que corresponde a los personajes equinos. Francisco Valladares está muy divertido en el primer acto, cuando desquicia su papel de pavo real. María José Alfonso y Toni Canal doblan personajes con seguridad. Y José María Rodero realiza un excelente trabajo en el caballo protagonista, tanto más sorprendente cuanto que no responde a la línea naturalista que le ha dado al actor sus mayores éxitos. Esta vez Rodero juega y emociona al público con una interpretación imaginativa, incluso plástica, muy comedida y precisa.

La escenografía de Carlos Cytrinski, la versión de Enrique Llovet y la dirección de Manuel Collado son elementos básicos de este grato espectáculo, quizá menor, pero lleno de cordialidad y

de equilibrio. ■ JOSE MONLEON.

"La bella Helena", opereta final

Si uno se detiene en la anécdota de "La bella Helena" probablemente encuentre los elementos críticos de que habla Kim Villar, uno de los traductores catalanes de la obra. La forma de tratar a los dioses, reyes y semidioses se traduce en una parodia del poder y de los poderosos, sean helenos o contemporáneos. La personalidad de Peter Hacks y el hecho de que la obra se estrenara en el Deutsches Theater, de Berlín-Este, bajo la dirección del brechtiano Benno Besson, reafirmaría esta dimensión crítica...

alocado Agamenon de la opereta es una experiencia pocas veces vivida por un espectador madrileño. En el caso del Lliure, ni siquiera por un espectador catalán, porque no es lo mismo asistir al pausado crecimiento de un repertorio, con el subsiguiente desarrollo del proceso de los actores y las puestas en escena, que echarse a la cara, en brevísimos días, la totalidad de ese trabajo. Luego estaría el inequívoco encanto, el sofisticado talento —con un pie en el Paralelo y otro en el ingenio más refinado— con el que los del Lliure se entregan al juego de "La bella Helena", donde no hay gesto, color, mirada, maquillaje o trazo que no tenga una intención irónica. Y, finalmente, la necesidad general de resumir, frente al último de sus cinco montajes en el Centro Dramático Nacional, el sentimiento de amistosa admiración que el Lliure se ha ganado entre su público madrileño. Cuanto hay en "La bella Helena" —programada inteligentemente en el último lugar— de "fiesta" compartida entre actores y público, de sostenida complicidad, de semiconfesada necesidad colectiva de reírse un poco y de sacarle la lengua a tanta retórica cultural y a tanta solemnidad ideológica, se dio irrestrictivamente en el María Guerrero. Se dirá que la temporada ha sido breve y que buena parte del público no entendía el catalán. Es cierto. Pero también lo es que, aun así, el interés de los textos y el nivel teatral de las representaciones han sido más que suficientes para crear una cordialísima corriente de atención, que ha hecho de "La bella Helena" su gran fiesta de despedida.

Conozco la polémica en torno al Lliure. Conozco las razones esgrimidas por una serie de valiosos autores en torno a la ausencia de la dramaturgia catalana en el repertorio del grupo. A estas alturas, con tres años de existencia y más de diez títulos en su haber, se trata, sin duda, de un debate importante, no ya en el área del Lliure —que, a fin de cuentas, tiene el derecho a elegir sus textos, con la aprobación o desaprobación de quienes no pertenecen a él—, sino en la de toda la cultura y el teatro catalanes, donde, sin duda, el grupo tiene su responsabilidad y su importancia. ■ J. M.